

CAPITULO IV.

PRINCIPIO DE LA GUERRA DE GRANADA.

De 1481 á 1486.

Antecedentes que la prepararon.—Gobierno de Muley Hacén en Granada, y sus relaciones con los reyes de Castilla.—Toman los moros por sorpresa á Zahara: origen de la guerra.—Profecía de un santo.—Venganza de los cristianos: importante conquista de Alhama.—Sitianla los moros: admirable defensa de los sitiados: socorro de caballeros andaluces: el marqués de Cádiz y el duque de Medinasidonia.—Segundo sitio y ataque de Alhama: derrota y escarmiento de los musulmanes.—La reina Isabel en Córdoba: su resolución: efecto mágico de sus palabras.—El rey Fernando va con ejército á Alhama, y vuelve.—Discordias en Granada: las dos sultanas: Muley Hacén y su hijo Boabdil: tumultos: sangrientos combates en las calles.—Muley es arrojado de Granada por Boabdil.—Desgraciada expedición del ejército cristiano á Loja: el rey don Fernando es derrotado por el moro Aliatar.—Tercer sitio de Alhama.—Resolución de los reyes de Castilla: cortes de Madrid: campaña formal contra los moros.—Funesto desastre de un ejército cristiano en la Ajarquia: horrible mortandad: el marqués de Cádiz; el maestro de Santiago; don Alonso de Aguilar; el conde de Cifuentes: consternación en Andalucía.—Triunfo de los cristianos en Lucena: prisión de Boabdil, *el rey Chico*: muerte de Aliatar.—Rescate de Boabdil: condiciones humillantes para el rey moro.—Boabdil en Granada: horrible carnicería entre los partidarios de Boabdil y de Muley: armisticio.—Queda Muley en Granada, y el rey Chico va á reinar en Almería.—Combate del Lopera: el terrible Hamet el Zegri: victoria de los cristianos.—Sistema general de guerra.—Conquistas del rey Fernando: Alora, Setenil: talas en la vega de Granada.—Discordias de los mo-

ros: Abdallah *el Zagal* intenta prender á Boabdil: refúgiase el rey Chico en Córdoba.—Celo y actividad de la reina Isabel.—Nueva campaña de Fernando: artillería: conquistas de Goin y Cártama.—Sorpresa y rendición de Ronda: rescate de cautivos cristianos: emigración de moros.—Efectos de estas conquistas.—Tumultuaria proclamación de *el Zagal* en Granada.—Abdicación y muerte de Muley.—Dividese el reino entre *el Zagal* y Boabdil.

Tan pronto como Isabel y Fernando restablecieron la tranquilidad y el orden en sus reinos, y con leyes oportunas y sabias arreglaron los principales ramos de la administración pública, fijaron su atención y su vista en aquella hermosa porción de España que con mengua de la cristiandad y desdoro del nombre español estaba sufriendo cerca de ocho siglos hacia el yugo de la dominación musulmana. Príncipes tan amantes y celosos de la pureza de la fé católica, no podían tolerar en paciencia que el estandarte de Mahoma siguiera ondeando en los muros de Granada, y que los infieles sarracenos continuáran enseñoreando el fértil territorio y las hermosas ciudades del reino granadino.

Imperaba precisamente á aquella sazón en Granada un enemigo terrible del nombre cristiano, príncipe esforzado y animoso, amigo de la guerra y de sus peligros, que antes de subir al trono se habia señalado por sus atrevidas algaras y correrías sin respeto á las treguas entre los reyes de Granada y Castilla. Tal era el emir Muley Abul Hacén, que en 1466

habia sucedido á su padre el prudente y templado Aben Ismail, aliado mas que enemigo del rey Enrique IV., y en cuyo tiempo llegó á haber tal tolerancia entre moros y cristianos, y tal correspondencia entre castellanos y granadinos, que unos y otros, amortiguadas al parecer las antiguas antipatías religiosas, se mezclaban alternativamente en los juegos, torneos y demas espectáculos de la época, y entraban y salían libremente de sus tierras, y gozaban de una seguridad recíproca, los musulimes en la corte de Castilla, los cristianos en la de Granada. Abul Hacen turbó aquella accidental y desacostumbrada armonía y aquel perjudicial adormecimiento, y sin cuidarse de las treguas y aprovechando las fatales disensiones de los castellanos y el desconcierto del reino en los últimos años del débil Enrique, hizo varias entradas por las comarcas fronterizas de Andalucía, llenando de terror aquellos pueblos, harto agobiados ya con sus discordias y guerras civiles. A la muerte de Enrique IV. (1474) las turbulencias que á su vez experimentó Muley Hacen en su reino, promovidas especialmente por el alcaide de Málaga, le obligaron, á pesar de su odio á los cristianos, á prorogar las treguas con Castilla ⁽¹⁾. Hallábanse Isabel y Fernando en Sevilla (1475), cuando les llegaron embajadores de Muley con este objeto. Contestaron los monarcas caste-

(1) Conde, Domin. de los Arab. p. IV., cap. 30 y 34.

llanos que ellos enviarían á Granada un embajador suyo para que espusiera al emir las condiciones con que se habia de ajustar la tregua.

En efecto, no tardó en presentarse á las puertas de la ciudad morisca el comendador de Santiago don Juan de Vera, con corta, pero lucida comitiva, el cual introducido en los salones de la Alhambra á la presencia de Muley, manifestó al rey moro de parte de sus señores que no podían aceptar la tregua sin que les aprontase el tributo de dinero y cautivos que los emires sus antecesores acostumbraban á pagar á los reyes de Castilla.—*«Id, y decid á vuestros soberanos, contestó con arrogancia el altivo musulman, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra ya oro, sino alfanges y hierros de lanza contra nuestros enemigos (1).»* Juan de Vera salió silencioso, airado y sombrío, á llevar la adusta respuesta á los reyes sus señores. Fuéles preciso á nuestros monarcas revestirse de prudencia: ardiente y viva como se hallaba entonces la guerra con Portugal y desconcertado todavía el reino, aceptaron la tregua sin aquella condicion, haciendo el sacrificio de su amor propio y difiriendo la venganza para mejores tiempos. Mas impaciente y fogoso Fernando que Isabel, solía exclamar en momentos de indignacion: *yo arrancaré los granos á esa Granada uno á uno.* Templábale la prudente Isabel, y

(1) Conde, p. IV., c. 34.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 35.

exhortábale á que esperára con calma, pues tiempo vendria en que pudiera hacerlo.

Por fortuna era ya felizmente terminada la guerra con Portugal, y muy diferente la situacion interior de Castilla, merced á las acertadas medidas de gobierno de Isabel, cuando el rey moro de Granada rompió imprudentemente la tregua sorprendiendo en una noche aciaga y tempestuosa la fortaleza de Zahara (1484), situada en una elevada colina de la frontera á la parte de Ronda, conquistada en otro tiempo á los moros por el intrépido don Fernando de Antequera. Muley habia llegado calladamente por entre breñas y senderos hasta los baluartes de la villa. Escalaronla atrevidamente sus soldados, y el primer aviso de su entrada fué el toque de la trompeta que despertó y aterró á sus desapercibidos habitantes. De ellos, unos perecieron al filo de los alfanges moriscos, otros, que fueron los mas, hombres, niños y mugeres, salpicados de sangre y ateridos de frio, fueron llevados entre cadenas á Granada; triste espectáculo, de que hizo sin embargo orgulloso alarde el cruel Muley Hacen, y por el cual se apresuraron á felicitarle en los salones de la Alhambra los cortesanos aduladores, excepto un anciano y venerable santón de barba blanca y lívido semblante, que con lastimero y lúgubre acento comenzó á esclamar al salir del alcazar: «¡Ay, ay de Granada! Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas: plegue á Alá que yo mienta, pero el ánimo

«me da que el fin del imperio musulman en España es «ya llegado!» Muley Hacen no era hombre á quien amedrentáran presagios fatídicos, ni signos celestes, pero veremos si se fué cumpliendo la profecía del viejo alfakí.

Afectados los reyes, que se hallaban en Medina del Campo, con la noticia de este contratiempo, inmediatamente espidieron órdenes á los adelantados y alcaides de las fronteras para que las vigiláran, fortificáran y defendieran de las agresiones de Muley. Era necesario ademas vengar el ultrage de Zahara, y esto fué lo que meditó y preparó con gran maña y destreza el asistente de Sevilla don Diego de Merlo, de acuerdo con el marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon. Un capitán de las compañías de escaladores llamado Juan Ortega del Prado, enviado á explorar y reconocer las plazas del territorio de los moros que pudieran ser sorprendidas, dió noticia de que Alhama, situada en el corazon del reino granadino, defendida por rocas naturales, por una de cuyas hendiduras serpenteaba un rio en derredor de la ciudad, se hallaba descuidada y escasa de presidio, adormecidos sus moradores y fiados en la ventajosa posicion de la plaza que hacia considerarla como inexpugnable. Alhama era poblacion importante y rica por sus excelentes fábricas de paños, por ser caja de depósito de los caudales y contribuciones de la tierra, y por sus baños termales, de que iban á gozar con frecuencia

los reyes de Granada y los personajes de la corte, de que distaba solo ocho leguas, todo lo cual la constituía en una especie de sitio real, y era en ciertas épocas del año el punto de reunion y de recreo de la brillante corte granadina.

Mas si la conquista de la plaza era por lo mismo tan ventajosa, tambien eran grandes las dificultades. Para llegar á ella habia que atravesar el pais mas poblado de los moros, ó con una cadena de rocas y montañas llenas de precipicios. Nada sin embargo arredró á los que meditaban la arriesgada campaña. Comunicado el plan al adelantado de Andalucía don Pedro Enriquez y á algunos otros nobles y caballeros, dispusóse la espedicion, juntáronse hasta tres mil ginetes y cuatro mil peones, reuniéronse el dia señalado en Marchena, y caminando por Antequera y Archidona, ocultándose de dia en las selvas y barrancos, trepando sierras y bosques y escabrosas sendas, llegaron al tercer dia silenciosamente y formaron las tropas en un valle inmediato á Albama. Hasta entonces no habia revelado el marqués de Cádiz á sus soldados el verdadero objeto de la espedicion, y llenáronse todos de gozo con la esperanza del botin que en una ciudad tan rica pensaban recoger, con cuyo aliciente todos se aprestaban á pelear con arrojo.

Protegidos por las sombras de una noche tenebrosa, antes de amanecer el siguiente dia llegaron los escaladores al mando de Juan Ortega al pie del

castillo. Aplicaron las escalas, mataron un centinela que dormía, clavaron el cuchillo y cortaron el aliento á otro que comenzaba á gritar, degollaron la primera guardia, y cuando á los lamentos de los moribundos acudian los soldados que vivian cerca del castillo, ya coronaban los baluartes hasta trescientos escuderos cristianos que con espada en mano se arrojaron sobre los moros. Cuando los moradores de la villa se apercibieron acudieron á las armas con gran gritería, sonaban ya por fuera las trompetas y tambores de la gente del marqués de Cádiz, que se aproximaba á la población (1.º de marzo, 1482.) Los escaladores les abrieron una puerta, y el recinto de la fortaleza se vió al punto ocupado por la hueste cristiana capitaneada por el marqués de Cádiz, el adelantado Enriquez, el conde de Miranda y el asistente de Sevilla, Diego de Merlo. Mas difícil y penoso les fué apoderarse de la población. Repuestos ya de la sorpresa y armados los habitantes, barreadas las calles y aspilleradas las casas, provistos de arcabuces y ballestas, no podian los cristianos del castillo avanzar un paso sin encontrar la muerte. Celebrado consejo, hubo algunos que opinaron por desmantelar la ciudadela y abandonarla, pero opusieronse con energía el marqués de Cádiz y los demas caudillos. Ideóse, pues, abrir una brecha en el castillo mismo, y saliendo por aquel boquete un grupo de gente escogida, á la voz de ¡Santiago, cierra España! cayeron de

recio sobre el enemigo. Viéronse aquellos valientes reforzados por otros que de nuevo escalaron los baluartes, y se trabó en las calles un combate mortífero. Las mugeres y los niños de los moros desde las ventanas y tejados arrojaban sobre los cristianos vasijas de aceite y pez hirviendo. Palmo á palmo iban estos forzando y ganando las trincheras y empalizadas, los moros peleaban con el valor de la desesperacion, la sangre corría á torrentes, la lucha duró hasta la caída de la tarde, en que el triunfo se declaró por los cristianos. Grande fué el degüello; y sin embargo, muchos moros fueron todavía hechos cautivos; salváronse algunos por una mina que salía al rio; escondíanse otros en las cuevas y desvanes hasta que el hambre y la sed los acosaba y obligaba á rendirse. Dueños los cristianos de la ciudad, y dada libertad á multitud de infelices cautivos que yacían en las mazmorras, entregóse la soldadesca al pillage y al saqueo, y cebóse su codicia en aquellos abundantes y riquísimos almacenes, y recogióse además inmenso botín de alhajas de oro y plata, de dinero, y de tejidos de púrpura y de seda.

Gran pesadumbre y honda tristeza causó en Granada la noticia de haberse perdido una ciudad tan fuerte y tan opulenta como Alhama. El pueblo entre atemorizado y absorto recordaba con pavor las fatídicas predicciones del viejo profeta, y un patético romance de aquel tiempo compuesto sobre el triste

tema de: *¡Ay de mi Alhama!* demuestra cuán profunda debió ser la impresion que produjo en los ánimos. Llegaban á los oídos de Muley no solo los lamentos, sino las murmuraciones y los dieterios que contra él vertía el pueblo, mientras en Medina del Campo, con noticia que envió el marqués de Cádiz á los reyes de Castilla anunciándoles el éxito feliz de su empresa, se entonaba en los templos el himno sagrado de accion de gracias á Dios de los ejércitos. Bien comprendían los monarcas la comprometida situacion de los vencedores de Alhama y la necesidad de enviarles pronto socorro; y mientras la reina Isabel dirigía escitaciones á todos los magnates y caballeros castellanos, organizaba los re fueros y adoptaba disposiciones para el gobierno del Estado, Fernando preparó aceleradamente su marcha á Andalucía, y se encaminó hácia Córdoba acompañado de don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, y de algunos otros nobles y caudillos. Tambien el marqués de Cádiz se apresuró á reclamar el auxilio del conde de Cabra y de otros señores y alcaldes de Andalucía. Y todo era menester en verdad, porque el terrible Muley Hacen, reuniendo en pocos días un ejército de cincuenta mil infantes y tres mil caballos, avanzaba ya sobre Alhama, obligando á retirarse á don Alonso de Aguilar que por Arcadóna acudia en socorro de los cristianos. Al aproximarse los granadinos á los muros de Alhama, escitó su indignacion y aumentó

su rabia y su corage el repugnante espectáculo que ofreció á sus ojos una manada de perros y de aves de rapiña devorando los insepultos cadáveres de sus compañeros, arrojados al campo por encima de la muralla. Despues de alancear con rabioso frenesí los voraces animales, emprendieron con el mismo furor el asalto de la ciudad por diferentes puntos. Corta y escasa, pero valiente y muy prevenida la guarnicion, cuantos moros pisaban los alarves caian estrellados y sin vida. Entonces conoció Muley Hacen el error de haber ido desprovisto de artillería fiado en la muchedumbre de su gente. Quiso suplir aquella falta con trabajos de minería para volar los muros, pero las descargas mortíferas de los sitiadores obligaron á los zapadores á desistir de aquella faena.

Apeló entonces Muley á otro arbitrio. La ciudad no tenia mas agua que la del rio que lame los hondos cimientos de los muros, y de que se surtia la poblacion por una galería subterránea. A cortar este recurso á los sitiados se dirigieron los esfuerzos de los moros. Vigilada por estos la boca de la mina, cada soldado que asomaba á proveerse de agua recibia una descarga de flechas. Apurada pronto la del únicoaljibe que habia en la ciudad, la sed obligaba á los cercados á sostener cada dia sangrientos combates por el afan de llenar un cántaro de refrescar sus abrasados labios, y á veces atravesaba una flecha envenenada su corazón antes de llegar á la boca el mas pu-

ro elemento de la vida. Ejemplo de resignacion en las privaciones daba á sus soldados el marqués de Cádiz, pero esto no dejaba de hacer su situacion apurada y estrema. Algunos adalides descolgados de noche por la muralla pudieron llevar á los caballeros de Andalucía cartas del marqués exhortándolos á que no le abandonáran en aquel trance.

En tal conflicto advirtiése una mañana gran movimiento en el campo de los moros. Era que habia sido avisado Muley Hacen de que se veía asomar muchedumbre de gente armada con banderas y cruces; que no dejaban duda de ser soldados cristianos. Convenciése pronto Muley, bien á su pesar, de que se le venía encima el ejército libertador de los de Alhama, y era así en verdad. Los esfuerzos de los reyes de Castilla no habian sido inútiles, y tampoco las escitaciones del marqués de Cádiz á los caballeros andaluces habian sido infructuosas. Todos se prestaron gustosos á hacer un servicio que interesaba á la religion y afectaba la honra castellana, y habíase formado un ejército de cinco mil caballos y cuarenta mil peones. Entre los nobles caudillos de esta hueste figuraba el duque de Medinasidonia don Enrique de Guzman, el antiguo rival y enemigo del marqués de Cádiz don Rodrigo Ponce de Leon, los dos troncos de las casas de los Ponces y de los Guzmanes, cuyas discordias y guerras habian agitado tanto tiempo las tierras de Andalucía, y cuyos odios la reina Isabel

había logrado templar, pero no estinguir. Por lo mismo el de Cádiz no se había atrevido á escribir al de Medinasidonia, pero éste quiso dar un ejemplo de su magnanimidad, y olvidando añejas rivalidades y oyendo solo la voz del patriotismo y de la galantería, acudió espontánea y generosamente con sus numerosos vasallos en socorro del que había sido antes su enemigo. Venía el intrépido don Alonso de Aguilar, cuñado del marqués, campeón de los mas formidables, que no encontraba arnés tan fuerte que resistiera al golpe de una lanza empujada por su robusto brazo. Venían los hermanos gemelos don Rodrigo y don Juan Tellez Giron, maestro de Calatrava el uno y conde de Ureña el otro: los amigos y parientes Diegos Fernandez de Córdoba, conde de Cabra el primero, alcaide de los Donceles el segundo, deudos todos de la marquesa de Cádiz: los condes de Alcaudete y de Buendia, el corregidor de Córdoba y otros ilustres caudillos, con diferentes banderas, entre las cuales sobresalía la de Sevilla llevada por la hueste del duque de Medinasidonia.

No se atrevió el soberbio Muley á esperar la llegada de aquella gente, y los soldados delanteros de Guzman y de Aguilar vieron las últimas tropas de los moros trasponer en retirada las cumbres de las montañas (29 de marzo). Llenos de júbilo y de agradecimiento salieron los apurados defensores de Alhama á saludar y abrazar á sus libertadores, y grande fué

la sorpresa y la alegría del marqués de Cádiz al divisar entre ellos á su rival el de Medinasidonia. Tendieron los brazos á presencia del ejército los dos antiguos enemigos, protestaron olvidar sus discordias y rencillas, y aquella tierna reconciliacion se miró por todos como un fausto presagio de triunfos futuros. Abastecida Alhama, y quedando una guarnicion de ochocientos hombres de la hermandad al mando de don Diego de Meno, volvióse todo el ejército con el marqués de Cádiz á Antequera, donde le esperaba y le pasó revista con sumo gozo el rey Fernando, y desde allí se encaminó á Córdoba, á esperar á la reina Isabel, que á pesar de su delicada situacion, próxima otra vez á ser madre, pasó en rápidas jornadas á reunirse con su esposo en aquella ciudad.

Sabedor Muley Hacen del retroceso de los cristianos, y deseoso de acallar el descontento y las murmuraciones de los granadinos, resolvió volver sobre Alhama con gente de refresco, y llevando ya pertrechos y trenes de batir (20 de abril). Despues de algunos disparos de metralla sin resultado, alentó Muley á una cuadrilla de aventureros, gente animosa y arriscada, á que asaltáran la ciudad por un lado que los defensores tenían desguarnecido, no pensando que pudiera ser acometida por un lugar tan encrespado y lleno de precipicios. A la voz de un centinela que dió el grito de alarma se apercibieron los cristianos de que un grupo como de sesenta moros había

trepado por aquel sitio ágrío y enhiesto, y corria ya por la ciudad blandiendo con insultante ademán sus alfanges. Todos corrieron á las armas, y los unos acudían á impedir que entrasen nuevos escaladores, á los cuales empujaban hasta hacerlos caer despeñados y casi deshechos á lo profundo del torrente, los otros sostenían un combate á muerte con los sesenta temerarios que habían penetrado en la población, y formando estrecho círculo se defendían con un valor bárbaro y espantoso. Las espadas cristianas se tiñeron en la sangre de aquellos desesperados, mas también sucumbieron algunos bizarros caballeros españoles. Loco de cólera andaba el emir granadino, y maldiciendo su fatalidad levantó otra vez el cerco y se volvió á Granada resuelto á pregonar la guerra santa y llamar á todos los musulmanes del reino, y no descansar hasta recobrar á Alhama, costárale lo que quisiera. Entretanto el valeroso capitán don Diego de Merlo informó á sus reyes del heroísmo con que unos pocos soldados habían defendido la plaza, y les pedía nuevos refuerzos de víveres y de gente, si habían de poder resistir á la nueva embestida que se esperaba. Consultado por el rey en consejo si podía ó no sostenerse una ciudad enclavada en territorio enemigo y espuesta á tan continuas acometidas, opinaron muchos que no era posible sin graves riesgos y sin inmensos gastos, y que sería mas conveniente dismantelar sus muros, quemar sus casas y dejar en sus escombros un

testimonio de la soberbia musulmana. Opúsose enérgicamente á este dictámen la magnánima Isabel, haciendo presente que sería mengua y deshonor para las armas de Castilla abandonar una plaza que representaba el primer triunfo de aquella santa guerra, espuso que sería entibiar el ardor de la nación, y estimuló á sus caballeros á que se aprestasen á abastecer á Alhama y reforzar su presidio.

Habló Isabel, y sus palabras produjeron un efecto mágico. Nadie contradijo ya tan animoso pensamiento. Al contrario, el cardenal de España, los duques de Villahermosa, de Medinaceli, de Alburquerque y del Infantado, los condes de Cabra, de Treviño, de Ureña, de Cifuentes, y de Belalcazar, los marqueses de Cádiz y de Villena, el condestable de Castilla, los maestros de Calatrava y de Santiago, el comendador de Leon y otros muchos caballeros se apresuraron á reunir una hueste de ocho mil caballos y diez mil peones, y poniéndose á su cabeza el rey don Fernando, marchó el ejército por Ecija y llegó sin obstáculo á Alhama (30 de abril). Surtiéronse los almacenes; reparáronse los muros; repartieronse premios entre los mas valerosos defensores; convirtiéndose las tres principales mezquitas en iglesias cristianas; bendíjolas el ilustre cardenal Mendoza y las dotó de vasos y ornamentos sagrados; la piadosa reina ofreció bordar con sus propias manos los que habían de servir para el templo de la Encarnacion, el primero que